

De la política a *De la guerra*. La rivalidad mimética en los extremos

EDMUNDO MOLINERO HERGUEDAS

Trama y Fondo

From politics to *On War*. The mimetic rivalry in the extremes.

Abstract

The aim of this work consists of studying in depth the relationship between politics and war. In order to do this, we are going to take as reference the textual analysis that the French anthropologist René Girard proposes of the famous agreement *On War* under the perspective of the Mimetic Theory of desire. We are going to compare the two definitions of war suggested by Clausewitz, war as duel, and the surprising trinity. Later, we will analyse, under this mimetic point of view, the personal relationship between Napoleon and Clausewitz as a paradigm of a relationship of internal mediation between rivals.

Key words: Politics. War. Mimetic desire. Rivalry.

Resumen

El objetivo del presente trabajo consiste en profundizar en el conocimiento de la relación entre política y guerra. Se utiliza como referencia el análisis textual que el antropólogo francés René Girard propone del célebre tratado *De La Guerra* bajo la perspectiva de la Teoría mimética del deseo. Se comparan las dos definiciones de guerra propuestas por Clausewitz; la guerra como duelo y la sorprendente trinidad. Posteriormente se analiza desde el punto de vista mimético la relación personal de Clausewitz con Napoleón como paradigma de relación de mediación interna entre rivales.

Palabras clave: Política. Guerra. Deseo mimético. Rivalidad.

ISSN. 1137-4802. pp. 105-116

En el presente artículo nos proponemos profundizar en el conocimiento de la relación entre política y guerra. Utilizamos como texto de referencia el título de René Girard: *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y violencia*¹, donde el antropólogo francés analiza textualmente el célebre tratado *De la guerra* que el general prusiano Carl von Clausewitz (1780-1831) dejó inconcluso a su muerte cuando era director de la escuela de guerra de Berlín. El análisis se centra especialmente en el primer capítulo del tratado *¿Qué es la guerra?* El único que el propio autor consideraba terminado antes de morir.

¹ Rene GIRARD (2010): "Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis". *Conversaciones con Benoit Chantre*. Katz editores.

Primera definición, guerra como duelo

El texto arranca con una definición muy precisa:

“No empecemos aquí con una tediosa definición pedante de la guerra atengámonos a su esencia. *El duelo*. La guerra no es otra cosa que un duelo amplificado. Si quisiéramos concebir unitariamente los innumerables duelos singulares que la constituyen, nada mejor que representar a dos luchadores. Cada uno por medio de la fuerza física pretende someter al otro al cumplimiento de su voluntad. Su fin inmediato es derribarlo e incapacitarlo para ulterior resistencia. La guerra es por ende un acto de violencia para obligar al contrario al cumplimiento de su voluntad.” (...) “Las almas filantrópicas podrán concebir fácilmente que exista una inutilización: desarme y derrota artificiales que sufriera el adversario sin derramar demasiada sangre. Por muy bello que pueda esto parecer nos vemos obligados, sin embargo, a destruir dicho error, pues en asuntos tan peligrosos como lo es la guerra los errores que se dejan subsistir por benignidad son precisamente los más perjudiciales”.

² Carl VON CLAUSEWITZ: *De la guerra*, traducción de Abilio Barbero y Juan Seguí Madrid. Imprenta de la sección de hidrografía 1908 pp. 27-28.

³ *Mentira romántica y verdad novelasca*. Ed Bernard Grasset Paris 1961).

“En una palabra hasta las naciones más civilizadas pueden inflamarse con pasión en el odio recíproco (...) repetimos por lo tanto nuestra afirmación: La guerra es un acto de violencia y no hay límites para la aplicación de dicha violencia. Cada uno de los adversarios fuerza la mano del otro y esto redundando en *acciones recíprocas* que teóricamente llegarán a los *extremos*. Esta es la primera acción recíproca que se nos presenta y el primer extremo.”²



Carl Von Clausewitz

En este párrafo René Girard reconoció una parte esencial de lo que ha sido su principal aportación teórica; la *teoría mimética del deseo*, que desde hace más de 50 años³, ha guiado con gran coherencia su extensa obra. Recordamos brevemente que su tesis contradice la moderna autonomía del deseo como expresión de un yo consciente. Para Girard nuestro deseo surge siempre de la imitación del deseo de otro, al que tomamos como modelo.

La imitación o mimesis (término preferido por su carácter menos consciente) trascurre apacible y cobra un carácter positivo mientras el modelo permanece alejado del sujeto. En este caso el modelo solo puede tener una relación de mediación externa con el sujeto. Representa el aspecto positivo de la mimesis y constituye el fundamento de toda transmisión cultural. Sin embargo si el sujeto y el modelo se aproximan, con el objeto de deseo accesible para ambos es inevitable que surja la rivalidad.

De forma análoga Clausewitz expone el inicio del enfrentamiento bélico:

“Uno de los oponentes deberá detenerse por lo tanto en su *acción recíproca*...) (... pero el hombre rehúye el esfuerzo excesivo lo cual lo impulsa a buscar el amparo en la posibilidad de que se produzca una decisión subsiguiente.”⁴

“De este modo, gracias a esa *acción recíproca*, la tendencia hacia los extremos se reducen una vez más a un esfuerzo limitado.”⁵

De lo que se deduce que el esfuerzo limitado se reduce a la imitación recíproca. Una imitación, en palabras de Girard, que inevitablemente conduce a la rivalidad:

“Como el deseo es imitativo, con el sujeto cerca, el modelo siente reforzado el deseo por el objeto y se convierte en imitador de su imitador. De forma análoga y simétrica el sujeto pasa a ser modelo de su modelo. La doble imitación y su naturaleza oculta provoca más rivalidad que a su vez provoca más imitación.”⁶

Ambos rivales se vuelven a la vez modelo y obstáculo, el uno para el otro. Nace una simétrica relación de dobles en la que más allá de cierto umbral de frustración los antagonistas exasperados por el obstáculo que cada uno oponen al otro pierden interés por el objeto de deseo que pasa a un segundo plano para dirigirse directamente contra el rival mismo. La derrota del contrario como advierte Clausewitz se convierte para ambos en la única obsesión.



Sin embargo, hay que recordar que muy pronto Clausewitz abandonará su apocalíptica definición y así en la tercera página apunta:

“Todo cambia de aspecto, sin embargo, si pasamos del mundo abstracto al de la realidad. En la abstracción todo debía quedar supeditado al optimismo, era menester concebir que ambos campos no tendieran a la perfección si no también a su logro.”⁷

Llama la atención que lo que el autor califica de forma sorprendente como “optimista”, la *guerra total o absoluta*, resulta algo excepcional. Debido a las circunstancias que rodean el conflicto, las llamadas “fricciones del combate” (clima, fuerzas de cada adversario, juego de alianzas, carácter de los pueblos...) lo habitual es que la reciprocidad violenta del duelo se convierta en la expectación armada supuesta expresión de una reciprocidad apacible que se concreta en *la guerra real*.

⁴ *De la guerra*. Editorial Labor 1976 p 44.

⁵ *Ibid* p 45.

⁶ “Los orígenes de la cultura” Rene GIRARD 2006. *Conversaciones con Pierpaolo Antonello y Joao Cezar de Castro Rocha*. Ed. Trotta p. 52.

⁷ *De la guerra*. Editorial Labor 1976, p. 43.

Sólo en condiciones muy concretas e improbables como indica Clausewitz, "que la guerra fuera un acto aislado, sometida a una única decisión, independiente de la política" sería viable la *guerra absoluta o total*, que no obstante, en palabras del general prusiano, queda "como punto de referencia, como una fantasía lógica a la que tienden todos los conflictos".

De forma que Clausewitz retrocede, abandona, veremos que provisionalmente, su intuición fulgurante para tratar de dar al texto a partir de entonces, un carácter más técnico y erudito.

Se refugia en primer lugar en el carácter subordinado de la guerra a la política, como instancia responsable de la transformación de la reciprocidad violenta del "duelo" en la apacible "expectación armada".

"Reclama nuestra atención un tema que descartamos en el párrafo 2 o sea el objetivo político de la guerra. Hasta ahora esto habría sido absorbido, podríamos decir por la ley de los extremos, por el intento de desarmar y derrotar al enemigo. El objetivo político de la guerra vuelve nuevamente al primer plano a medida que la ley pierde su fuerza y esa intención no llega a hacerse realidad. Si lo que tenemos que considerar es un cálculo de probabilidades sobre la base de personas y circunstancias definidas, el objetivo político como causa original debe ser un factor esencial en este proceso."⁸

⁸ De la guerra. Editorial Labor 1976, p. 47.

Una vez introducido el objetivo político, aparece el famoso pasaje en que la guerra es definida como "... simple continuación de la política por otros medios" y a continuación cierra el primer capítulo con lo que constituye una de las claves de su pensamiento:

Segunda definición, Guerra política

"La guerra (...) es una extraña trinidad, si se la considera como un todo, en relación con las tendencias que predominan en ella. Esta trinidad la constituyen en primer lugar el odio y la violencia primitiva de su esencia, ciego impulso de la naturaleza, en segundo lugar el juego del azar y las probabilidades que hacen de ella una actividad libre de emociones y en tercer lugar el carácter subordinado de instrumento político que hace que pertenezca al dominio de la inteligencia pura."

"El primero interesa al pueblo, el segundo al jefe y su ejército y el tercero al gobierno."

"El problema consiste en mantener a la teoría en equilibrio entre estas tres tendencias como si fueran tres centros de atracción."⁹

⁹ CLAUSEWITZ: De la Guerra, Barcelona, Labor, colección "Malo-ror" 1976, p. 61.

El autor elabora un compuesto de razón y pasión sometido en última instancia a la política, como expresión de la inteligencia más pura. Sin

embargo, tal y como Girard nos muestra, esta subordinación provocará gran resistencia en Clausewitz.

“Cuanto más grande y poderosos sean los motivos de la guerra, cuanto más afecten a la existencia misma de la nación más estrechamente concordará esta con su concepción abstracta. Cuanto más interesada se halle en la destrucción del enemigo, tanto más coincidirán el propósito militar y el político. Pero cuanto más débiles sean los móviles y las tensiones la tendencia natural del elemento militar coincidirá menos con las directrices políticas y *la guerra tendrá mayor apariencia de guerra política.*”¹⁰

¹⁰ *De la guerra*. Editorial Labor 1976, p. 59.

Dicho de otra forma no menos precisa: si la guerra *parece* política es una *aparición*.

“Es fácil comprobar que el resultado puede variar en gran medida según que la acción se fortalezca o debilite por el *sentimiento de las masas*. En dos naciones pueden existir tales tensiones y tal cúmulo de sentimientos hostiles que un motivo para la guerra insignificante en sí mismo puede llegar a producir no obstante un efecto desproporcionado una auténtica explosión. ” (...) “Ahora bien si el objetivo de la acción militar es un equivalente de la finalidad política, la acción *disminuirá* por lo general en la medida en que *disminuya el objetivo político*. Más evidente resultará ello mientras más predominante aparezca el objetivo. Esto explica la razón por la cual, sin que exista contradicción, puede haber guerras de todos los grados de intensidad, desde la guerra de exterminio hasta el mero estado de vigilancia armada.”¹¹



¹¹ *De la guerra*. Editorial Labor 1976, p. 47, 48.

Solo cabe concluir que el *objetivo político* es débil cuando las *masas* son indiferentes y que es fuerte cuando ellas no lo son.

“Por lo tanto es posible dejar que el objetivo político sirva como norma, siempre que tengamos presente su influencia sobre las masas.”¹²

Queda establecida la primacía de las masas y la política es relegada a un papel exclusivamente moderador o detonante:

“De esta manera el objetivo político (...) constituirá una medida relativa para los dos estados contrincantes...”¹³

¹² Ibid, p. 56.

¹³ Ibid, p. 46.

¿Por qué la política es incapaz de sujetar a las masas?

Girard orienta la respuesta en el estudio que Clausewitz realiza más adelante, cuando se ocupa de las relaciones entre ataque y defensa:

“Si uno reflexiona filosóficamente acerca del modo en que surge la guerra, el concepto de guerra no se encuentra ligado al ataque; pues no tiene como un objetivo absoluto el combate tanto cuanto la toma de posesión de alguna cosa. Ese concepto aparece en primer término con la defensa ya que ésta tiene por objeto directo el combate. (...) por ende resulta natural que quien es el primero en poner en acción el concepto de guerra y concibe la idea de dos partidos contrapuestos sea también el primero en dictar sus leyes a la guerra y que éste sea el defensor.”¹⁴

14 CLAUSEWITZ: *De la Guerra*, Ed Minuit, p. 424.

Así, si el defensor no responde con el ataque, será imitado por el agresor. Se abre un periodo de vigilancia mutua, dominado por la especulación sobre las intenciones del otro que marca el inicio de la reciprocidad mimética: el defensor, como amo del mecanismo en virtud del principio que dice que es más fácil conservar que tomar, dicta su ley, no ataca, retrocede y fortifica la defensa. Su gesto es interpretado por el atacante como preparación para el conflicto. Como todo gesto implica una respuesta, la negativa de uno es la llamada a otro, lo que propicia en palabras de Clausewitz “una acción de polaridad diferida”.

“Quien ataca no suele obtener más que una victoria provisoria sobre la defensa...” (...la polaridad reside pues en aquello a lo cual ambas se vinculan, es decir no en la defensa o ataque mismos si no en la decisión.”¹⁵

15 *De la guerra*. Editorial Labor 1976, p. 46.

Una acción recíproca comprensible solamente como suma de momentos no recíprocos y que solo puede ser percibida desde el exterior, ya que desde dentro cada uno debe creer en cada momento en su propia diferencia, para responder cada vez más rápido y con más fuerza. Cada uno imita al otro a la vez que afirma la prioridad y anterioridad de su propio deseo.

En sentido mimético el defensor encarna el modelo (al menos en el crítico momento inicial del conflicto) que presta el objeto de deseo al sujeto representado en la figura del agresor.

De esta forma, la acción recíproca, verdadera expresión de la primacía de la mimesis, provoca y difiere simultáneamente la escalada a los extremos. No para detener la violencia sino para dotarla de mayor virulencia. Provoca si los dos adversarios se comportan cada uno de la misma mane-

ra y difiere si cada uno de los oponentes sometidos a las fricciones de la guerra real especula sobre las intenciones del otro.

Este punto lleva a teorizar a René Girard una cuestión antropológicamente capital: la agresión en la violencia humana no existe. En tanto en cuanto el agresor nunca se considera así mismo como tal. Siempre actúa en respuesta a una agresión previa.

Ideología guerrera

Una vez reconocida la primacía de las masas, expresión última del ciego impulso de la naturaleza sobre la política, como estructura semiótica de la guerra, Clausewitz aunque vislumbra la primacía de la defensa no termina de formular que la reciprocidad violenta es el germen la escalada a los extremos. Así encara de nuevo otra resistencia al mimetismo. En esta ocasión sin el amparo de la política, se repliega en un heroísmo individual y romántico con un marcado componente imaginario. Un heroísmo teñido de patriotismo que expone en el capítulo tercero del primer libro donde elabora una verdadera ideología en torno a la figura del *genio Guerrero*:

“Alguien autónomo que no cede demasiado pronto a las influencias del medio pertenece a la clase de aquellos que no se conmueven por nimiedades, cuya sensibilidad no lo hace entrar en acción pronto, sino por lo general de forma paulatina, pero cuyos sentimientos llegan a ser muy poderosos y más duraderos. Estos son los hombres con pasiones fuertes ocultas en lo profundo de su ser.”¹⁶

16 CLAUSEWITZ: *De la Guerre*, Paris, Minuit, colección “Arguments” 1955, p. 93.

Aunque por razones de espacio no podemos extendernos en su desarrollo, en última instancia Clausewitz se refugia en un elogio de la fuerza guerrera. Para tratar de salvar a toda costa la apariencia política, se inclina al cuerpo a cuerpo del campo de batalla donde todo avanza hacia el corazón de la violencia que es el asesinato, lo absoluto de la rivalidad. Regresa sin quererlo al duelo de su primera definición.



Para responder por qué Clausewitz regresa a la puerta que había cerrado nada más abrir, Girard advierte en la primera definición un tono de revancha. El autor da la impresión que desea una victoria demasiado gloriosa, parece que no se conforma con una rápida ofensiva directa.

Para descubrir a quien trata de responder regresamos de nuevo a la sorprendente trinidad, su definición política de guerra.

“Esta trinidad la constituyen en primer lugar el odio y la violencia primitiva de su esencia, ciego impulso de la naturaleza, en segundo lugar el juego del azar y las probabilidades que hacen de ella una actividad libre de emociones y en tercer lugar el carácter subordinado de instrumento político que hace que pertenezca al dominio de la inteligencia pura. El primero interesa al pueblo, el segundo al jefe y su ejército y el tercero al gobierno.”⁹

⁹ CLAUSEWITZ: *De la Guerra*, Barcelona, Labor, colección “Malorror” 1976, p. 61.

Cuando señala los representantes de la primera y tercera tendencias incluidas en la trinidad (el ciego impulso de la naturaleza y la política) se nombran de una forma abstracta; el pueblo y el gobierno. Sin embargo cuando se refiere al representante del ejército se designa expresamente la única persona que aparece en toda la definición ocupando por cierto una posición central.

Repetimos: “El primero interesa al pueblo, el segundo al *jefe* y su ejército y el tercero al gobierno.”

Comandante en jefe

“Ese hombre que no teme enfrentar cara a cara a su enemigo y arrastrar a todos los demás a su zaga.”

Así se nos presenta; como alguien capacitado para ser imitado, un modelo por excelencia en sentido mimético que:

“Solo en la medida en que sea capaz de cumplir esta tarea, dominará a las masas y seguirá siendo su jefe. Cuando esto deje de suceder, y su valor no tenga la fuerza suficiente para hacer revivir el valor a los demás, él mismo caerá al nivel de las masas, hacia las esferas profundas de la más baja animalidad, esa que retrocede frente al peligro y soslaya la vergüenza. Estas son las cargas que debe soportar la valentía y la fuerza moral del comandante si quiere realizar grandes proezas.”¹⁷

¹⁷ Ibid, p. 89.

De forma que, en la hipótesis de Girard, la ideología guerrera funciona como una estructura oculta de imitación de Napoleón. Él es el comandante

en jefe que de forma oculta pero desde el centro de la definición de guerra, atrae hacia el frente a Clausewitz. Para demostrarlo basta recordar que Clausewitz, oficial prusiano desde muy joven, hijo de militar no conoció más que militares en toda su vida. Orgulloso del poderío de su país, vivió en primera persona como militar la vergonzosa y humillante caída de Jena en 1806 a manos de un triunfante Napoleón. Sin duda, es fácil reconocer que el odio y resentimiento hacia el que el autor llama “Dios de la Guerra”, actúe como motor de su deseo del que será su eterno rival.

Más complejo puede resultar entender la fascinación oculta que siente por él. Para explicarlo es necesario recordar que tras la humillante derrota, Clausewitz tomará prestado el deseo de Napoleón. Allí, en el primer contacto con el “Dios de la guerra” nace el ideal de genio guerrero que teorizará años más tarde. Aunque el odio enmascare la relación, el verdadero motor de la relación es una imitación no reconocida que marcará el inicio de la reciprocidad violenta y posibilitará enunciar una apocalíptica definición de guerra. Muy significativo en ese sentido resulta recordar que Clausewitz en respuesta a la alianza de su rey Federico Guillermo III de Prusia con Napoleón, abandonará transitoriamente su ejército (1811-1814) uniéndose a las órdenes de un tradicional enemigo de Prusia, el Zar de Rusia. Sin duda, para poder seguir luchando con su rival. Así se entiende mejor que la misma pulsión hace venerable al mediador como modelo y odioso como obstáculo.

Insistimos, Napoleón dictó a Clausewitz lo que tenía que hacer para derrotarle. El análisis de Girard nos descubre numerosas pruebas de esa imitación nunca reconocida.

Por ejemplo resulta llamativo ver a un hombre que odiaba con vehemencia a Napoleón cuando teme: “...que el imperio sea solo un dichoso paréntesis en una banalización de la guerra”. O bien, cuando analiza la derrota de Napoleón en la campaña de Francia poco antes de la toma definitiva de París, revisa y corrige literalmente la forma de combatir de su rival. Recrimina errores tácticos y propone alternativas para su victoria:

“En febrero de 1814 después de haber vencido en Étoges, Champaubert, Montnirail (...) (...) cuando Bonaparte dio la espalda a los ejércitos de Blücher y se arrojó nuevamente sobre Schwarzenberg, todo el mundo estaba lleno de admiración (...) nadie ha



18 CLAUSEWITZ: *De la guerra*.
Ed. Labor, pp. 176-177.

formulado nunca esta pregunta: ¿cuál hubiera sido el resultado si, en lugar de volverse nuevamente sobre Schwarzenberg hubiera continuado martilleando a Blücher hasta llevarlo al Rin? Estamos convencidos de que se habría invertido completamente la campaña y que la Grande Armée en lugar de marchar a París se habría retirado detrás del Rin. No exigimos que otros compartan nuestra convicción, pero ya que esta alternativa ha sido mencionada una vez, ningún experto dudará en considerarla posible.”¹⁸

Es sorprendente ver al enemigo cómo se vuelve más napoleónico que el propio Napoleón. De haber estado Clausewitz a su lado, Napoleón hubiera triunfado. Adopta su punto de vista actúa como su consejero. Ello es posible porque el modelo, que ya no triunfa en la rivalidad, se vuelve accesible para el sujeto. Lo que permite hacer más visible las líneas de fuerza de la mediación interna.

En el mismo sentido resulta ilustrativo repasar la lista de adjetivos que dedica a su rival cuando critica la moderación con la que el congreso de Viena en 1815 trata a Francia:

19 Raymond ARON: *Penser la Guerre*, Clausewitz, p. 72.

“¿ Pero cuál será el resultado del motivo real de esa moderación? que Francia aún inerme y vencida, nunca dejará –en su calidad de nación muy homogénea, indivisa, bien situada, delimitada, rica, guerrera y llena de espíritu– de contar con los medios que aseguren su autonomía y su independencia a lo largo del tiempo.”¹⁹

La fascinación que el general prusiano siente por su enemigo se muestra indiscutible.

Estructura modelo / obstáculo en la mediación interna

Durante el presente trabajo hemos recordado que según la teoría mimética del deseo, en la mediación interna cuando el sujeto y el modelo están próximos, la rivalidad por el objeto desencadena una imitación recíproca que convierte al modelo en rival y al rival en modelo. Si en el enfrentamiento bélico uno de los adversarios muestra una superioridad evidente mientras triunfa en la rivalidad, el agresor no percibe que deba nada al defensor manteniendo la ilusión de autonomía. En el otro lado el defensor incapaz de responder se humillará ante el rival y sacralizará al adversario aunque tiña de odio su relación.



Coincidiendo con su caída, Napoleón, como mediador, se hace accesible al sujeto Clausewitz. La relación de mediación interna se pone en evidencia y se manifiesta la atracción-repulsión, que define a todas las patologías del resentimiento. Esto es así porque en la fase más avanzada del deseo mimético, los rivales perciben con más nitidez las líneas de fuerza del deseo, vislumbran que el valor del objeto de deseo depende del rival más que del objeto pero en lugar de extraer la lógica consecuencia, transforman al rival en un obstáculo infranqueable, convirtiéndolo en su centro de atención. El objeto de disputa inicial (objetivo ideológico o político) desaparece y la lucha contra el adversario se convierte en la única obsesión. Se desea arrebatarse al rival el objeto para lograr “ser” el rival que posee el objeto. Girard nos ha mostrado cómo Clausewitz pone en escena esa lucha por ser “Napoleón” cuando revisa y corrige su campaña militar antes de su derrota.

Debido al carácter oculto de la imitación recíproca el resultado forzoso es un callejón sin salida que se materializa en una oscilación maniaco-depresiva. Entre la adoración de uno mismo (el deseo del rival redobla el deseo sobre sí mismo) y del otro (cuando el rival es humillado por el rival, imitar su deseo se convierte en despreciarse a sí mismo a través del desprecio del rival).

Este punto permite explicar algo muy pertinente desde el punto de vista mimético que recientemente nos ha recordado L. Martín Arias cuando señala que la eficacia de lo ideológico se basa en su conexión con lo real a través del odio al otro:

“Nadie quiere verse a sí mismo como un asesino (el deseo más elemental, según Canetti) o suicida en potencia (la pulsión de muerte en Freud) y para satisfacer ese intenso deseo de no saber, está la ideología.”²⁰

Precisamente así terminó Clausewitz. Al no “querer ver” su íntima relación con Napoleón, se refugió en una ideología guerrera basada en el odio al otro, con una eficacia que nuestra historia más reciente desgraciadamente no ha hecho más que demostrar. Sirva como detalle revelador de su trascendencia el hecho de que el propio Hitler, años más tarde, obligará a todos sus oficiales a portar en sus mochilas de combate un ejemplar de *De la guerra*.

20 MARTÍN ARIAS, Luis (2011): “Lenguaje y conocimiento”. *Trama y Fondo* nº 31, p. 25.

En palabras de Girard únicamente la comprensión del riesgo de la imitación nos permite pensar en una auténtica identificación con el otro.

Sólo una mirada a la vez externa e interna permitirá pasar de la reciprocidad a la relación de la proximidad mimética a la distancia simbólica. Una distancia que permita afrontar la violencia desde la tarea de un relato simbólico más allá del duelo, como apunta J. González Requena:

“Es un error por eso concebir el conflicto que opone al héroe y el agresor del relato como la oposición simbólica (...) (...) la lucha a la que todo relato simbólico convoca no es, por eso una lucha entre dos valores opuestos, sino en cambio, el momento inevitable en que el sin sentido de lo real emerge en la peripecia del sujeto. Un momento en sí mismo de pura violencia que si es encuadrado en un campo simbólico, lo es tan solo en la medida en que el héroe lo afronta como parte de la tarea que lo determina.”²¹

21 GONZÁLEZ REQUENA, Jesús (2006): *Clásico, manierista, postclásico. Los modos de relato en el cine de Hollywood*. Castilla Ediciones, p. 557.

Una tarea que, para que pueda ser repetida o imitada desde lo simbólico, “mediada externamente” empleando la terminología mimética, debe permanecer suficientemente alejada del modelo. Para ello es imprescindible que en última instancia el modelo no sea dueño del objeto que transmite. Y de esta forma, “invitar” al sujeto a su imitación sin rivalizar con él. Solo así se puede materializar el momento positivo de la función paterna, auténtico paradigma de la mediación externa.

“De manera que, después de todo, las funciones de destinador y las de narrador se confunden, a la vez que la estructura de la donación se nos descubre como la inscripción, en el plano del enunciado narrativo del plano de la enunciación (...) (...) dar la tarea es esbozar, anunciar el relato que le aguarda, prefigurar y en esa misma medida narrar los actos decisivos que conformaran la peripecia narrativa (...)

(...) nada pues de incertidumbre, por el contrario seguridad de que todas las funciones de los cuentos se disponen según un relato único, siempre el mismo, mil veces contado y mil veces escuchado, mil veces dado y mil recibido.”²²

22 GONZÁLEZ REQUENA, Jesús (2006): *Clásico, manierista, postclásico. Los modos de relato en el cine de Hollywood*. Castilla Ediciones, p. 528.

En tanto en cuanto ha sido mil veces “imitado” desde la mediación externa.